

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, julio de 1955

Núm. 1037

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA GALERNA

Sin parar mientes en la animación y bullicio que a tales horas invadían el puerto, Juan y Pedro colocaban silenciosos sus redes en el fondo de la falúa.

Se disponían para la pesca.

—¡Vamos, más vivos!—gritó Juan, dirigiéndose a los suyos.

Pedro interrumpió la faena, sin dirigir la vista a su camarada, exclamó con voz seca y tremula:

—Juan, quédate en tierra.

Juan se encogió de hombros.

—Te doy un buen consejo; créeme, vete a casa.

Juan miró al cielo, fijó después la vista en el mar, y como no viera una nube en el horizonte ni la menor agitación en las aguas, dijo:

—¡Basta! Sois unos perezosos. ¡Siempre la misma música! ¿No soy yo el patrón? Pues calla y obedece.

—Como quieras,—replicó Pedro, con voz sorda—; pero... acaso te pese.

Juan iba a replicar, cuando apareció el resto de la tripulación de la falúa; en un abrir y cerrar de ojos quedó todo listo, y de allí a poco, el barco cuyo timón dirigía Juan, se internó mar adentro, como una ave marina que despliega las alas sobre la superficie misma de las olas.

Juan tenía 60 años, y aun se conservaba derecho como un roble: poseía una fuerza extraordinaria; su rostro, tostado por el sol y curtido por las tormentas, parecía de cuero; de enormes manos y mirada triste, a pesar de los peligros arrostrados en su larga vida de pescador, apenas si tenía algún que otro pelo blanco en su enmarañada y espesa cabellera.

Cuando todos los del oficio se quedaban en tierra firme, temerosos del temporal, Juan, a bordo de su falúa, abandonaba la costa para volver a ella con abundante pesca, algunas horas más tarde.

Desafiaba todos los peligros, respondiendo siempre a las voces de la prudencia con la misma frase:

—El mar no puede hacerme traición; hace mucho tiempo que somos buenos e inseparables amigos.

En tan rudo trabajo, había ganado una modesta fortuna, que no le perdonaban sus compañeros, quienes le envidiaban y aborrecían profundamente.

Porque iba bien vestido y aseado, le llamaban orgulloso; avaro porque no frecuentaba la taberna, y cruel porque era severo.

Su gente le odiaba además porque aborrecía la holganza, y porque creía que el dinero que ahorraba se lo robaba a ellos.

—¡Se dejaría matar por un pescado de menos!—decían.

Pedro atizaba estas malas pasiones y fomentaba las quejas, para desacreditar al patrón y ganarse la voluntad de semejante chusma.

Este marinero, rechoncho como un sapo y estúpido como una bestia, era de condición perezosa y cobarde, y ya hubiera jugado una mala partida a Juan, a no temer la fuerza de sus puños.

La falúa siguió caminando; cuando ya la costa hubo desaparecido a la vista y llegaron al sitio donde había de empezar la pesca, Juan se levantó, gritando:

—¡Ea, manos a la obra!

Nadie se movió.

—¿Habéis oído...? ¡Mil truenos! ¿En qué demonios estáis pensando?

Pedro se levantó pausadamente, interrogó a sus compañeros con una mirada torva, y encarándose con su patrón, repuso:

—No has querido hacer caso de mis advertencias; te has obstinado en acompañarnos... ¡Tanto peor para ti!

Juan se levantó, lívido de cólera.

—¡A preparar las redes!

—No traemos esos propósitos—aullo Pedro.

—¡Canalla! ¡Quiéres hacer lo que te mando!

—Ni yo, ni nadie: ¿Lo entiendes?—Dijo Pedro, cruzándose de brazos.

—Juan, comprendió la rebelión que animaba a todos los marineros, trató de atraerlos amistosamente.

—Vamos, Pedro, ¿te has vuelto loco? ¿Por qué te niegas a obedecerme?

—¿Por qué?—prorrumpió, riendo brutalmente; —porque nos fastidias; porque estamos hartos de ti; porque no queremos que nos explotes; y en fin, porque estamos dispuestos a desahacernos de ti ahora mismo.

Al oír esto, Juan, ciego de ira, avanzó hacia Pedro y de un puñetazo, dió con él en el fondo de la falúa.

—¡Echadle al agua!—vociferó Pedro. Y en un instante, dieciséis brazos se apoderaron del patrón y lo arrojaron al mar.

Hubo un momento de silencio; algunas nubes empezaban a oscurecer el sol, el viento se agitaba con irregulares intermitencias, y las olas iban aumentando en número y en volumen.

De pronto, oyese la voz de Juan que decía:

—Pedro, Pedro, recuerda que fuiste mi amigo.

—Empuñad los remos.

—¿A dónde vamos?

—A cualquier parte.

Ya se disponía a partir la embarcación; sintióse ruido de uñas que se asían a uno de los costados, sobre el cual apareció una mano, la de Juan, quien con voz suplicante exclamaba:

—Pedro, Pedro: recuerda las veces que he dado pan a tus hijos; ten compasión de los míos; aún es tiempo; sálvame, y me olvidaré de todo lo que está pasando.

Pedro, por toda respuesta, desencajó la barra de hierro que estaba unida al timón, y blandiéndola en el aire, la dejó caer con toda su fuerza sobre la cabeza de aquel desgraciado, cuya voz, con un gemido, se extinguió para siempre.

En tanto, el temporal había arreciado; las nubes en apretado círculo cerraron el horizonte, brilló el relámpago, y el aire y el mar se revolvieron con rugidos de fiera.

La falúa, juguete del oleaje, se sumergió en las tinieblas, y la tripulación, sobreco-gida de terror, empuño los remos, anhelante de ganar la orilla a toda costa.

—Aligerad el bote—ordenó Pedro. Y al punto, fueron al agua las redes, canastos, capotes, provisiones y cuanto la embarcación contenía.

Todo en vano; el huracán, cada vez más violento, llegó a desencadenarse con tal furia, que, todos aquellos expertos marinos, abandonando los remos, prorrumpieron desesperadamente:

—¡No hay salvación! ¡La galerna!

Al rayar el otro día, algunas barcas pescadoras que se dirigían a su acostumbrada tarea, se vieron tristemente sorprendidas por los restos de un naufragio. M.

ORIGEN Y EVOLUCION HISTORICA DEL PATRONAZGO DEL APOSTOL SANTIAGO EN LA EUROPA CRISTIANA Y EN ESPAÑA

La gloria del Apóstol arranca de lejanos días de centurias primevas. Todo el ardor religioso, todo el humano dolor, toda la esperanza y la fe del mundo, convergían hacia Compostela. Por divino mandato del Maestro, llegó a nosotros el Apóstol, portador de la palabra divina y de nuestra fe.

Cuando dejó la simiente bien adentro de las almas, volvióse a tierras de Judea. Allí muere martirizado, y su cuerpo incorrupto llegó a España en una barca aparejada por dos de sus discípulos, cuya proa imantaba una estrella por las altas singladuras del cielo, donde quedó fúlgida razón del milagro en la Vía Láctea con el nombre de "Camino de Santiago". Una carreta de bueyes fué la carroza triunfal en que hizo su entrada el Santo. Y la estrella anduvo, anduvo hasta detenerse sobre la espesura del bosque Libredón, en Yria Flavia. Los discípulos entendieron la voluntad del Maestro y lo soterraron en aquellos predios que eran de la reina Lupa, celta y montaraz, quien dobló la cabeza a la caricia de las aguas bautismales. Después, ocho siglos de silencio, hasta que un día, las humildes gentes del agro vieron encendidas señales de prodigio. En los robles del bosque Libredón maduraban los luceros, y

una riada de estrellas indicaba la ruta de este nuevo Santo Sepulcro. Llegó el santo obispo Teodomiro en volandas y tomado de notable temblor dijo misa en Solobio y entróse con hombres cortando la espesura.

De pronto, los cavadores tropiezan con el arca marmórea y el pueblo cae de rodillas abatido por un ventarrón de milagro. Abren el arca, y el cuerpo del Apóstol está dentro, con su sayal humilde y el bordón que apoyó sus andanzas evangélicas. Viene de su corte el Rey, y derramando gozoso llanto manda erigir un templo. El Papa León III estudia y consagra la veracidad del milagro, y da cuenta a toda la cristiandad en una encíclica de solemne y cupular latín vaticano; y de este poema de paz, de astros y de naturaleza, nace Compostela.

Desde esta hora feliz, y en torno a la ciudad del milagro, se forma el espíritu secular de Galicia y de España: Compostela se trueca en imán de gentes, en la Jerusalén de Occidente, a la que llegan rios de pecadores con ansias de penitencia.

Los caminos parten de ella y la convierten en la estrella polipétala del interés universo. Dante, Francisco de Asís, don Luis de Portugal, Eduardo de Inglaterra, Santo Domingo, San Luis de Francia, San Vicente Ferrer y los Reyes de Alemania, llegan hasta allí, bajo un vuelo de canciones consteladas de conchas, con ansia urgente de dádivas y genuflexiones, y las joyas de los monarcas, de las damas y cortesanos hallan prez cayendo de las coronas y empuñaduras, para humillarse en el friso de las capas pluviales de clérigos oscuros. En todo otea el viento poderoso del prodigio. Compostela, sin fuerza política, sin autoridad dogmática, dinamiza el Occidente en los más puros ideales ultraterrenos. Al cordón umbilical de Compostela; cruz y estilo de catolicidad, se halla ligado este espíritu medular de todo un continente.

Los hijos más preclaros de España, de rodillas pasaron ante la imagen románica del Apóstol, y todo el pueblo español, imantado por la devoción jacobea, ha quemado, en todo tiempo, el incienso de su gratitud en los altares del hijo del Zebedeo.

Acudieron a postrarse ante el sepulcro del Protomartir Teodomiro, doña Juana la Loca, Carlos V, Ramiro el Monje, Alfonso el Casto, Catalina de Aragón, Matilde, doña Leonor..., una legión regia y triunfal, y en ella, siguiendo el camino de Santiago, la figura prócer de aquel Rey, hoy luz de los altares de España, San Fernando, el que redimió las campanas cautivas del templo Jacobeo, el que izó en la cresta de la giralda hispalense el blanco pendón con la efígie bordada del Apóstol; allí, Isabela de Castilla, con la promesa en sus labios de dedicarle un templo si se ganaba Granada, según nos dice en flamantes hexámetros Antonio de Nebrija. Allí, el Cid Campeador, el que se armó caballero ante el Apóstol Santiago. Allí, el Gran Capitán, encendiendo con la llama de su fe la lámpara de plata que dejó pendiente ante el Apóstol, como exvoto de sus creencias y encendido patriotismo. Allí, el segundo de los Felipes, cuando todavía era príncipe, vestido de ruomo con las conchas y el bor, emblemas Santiaguistas, y, en fin, un enjambre de Santos y teólogos, mezclados con juglares y decidores, camino del templo, entonando himnos entre músicas y flamear de estandartes...

España, toda España, al conjuro del Apóstol, ha desfilado de rodillas ante la imagen milenaria de Santiago el Mayor, Hijo del Trueno.

DR. ROBERTO MADRID.

El próximo día 1 de Enero son las Bodas de Oro de este periódico.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Hubo un hombre muy rico que se vestía de púrpura y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta de este, deseando saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, mas nadie se las daba; pero los perros venían y lamían las llagas de su cuerpo...

Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y los ángeles le llevaron al seno de Abraham...

Y murió también el rico y fué sepultado en el infierno".

Terrible preocupación la del hombre rico. Graves problemas morales ha de resolver para que su riqueza deje tranquila su conciencia y no llegue a ser su perdición eterna.

Dios le dió bienes materiales para que de ellos hiciera uso en beneficio de sus semejantes, y ed ellos es sólo un mero administrador, que ha de procurar hacer que esos bienes puedan aprovechar al mayor número posible de personas.

Vivirá, el rico, con la holgura propia de su categoría social o política, pero habrá de considerarse como instrumento de Dios para que aquellos bienes lleguen a todos cuantos fueran posibles.

Y aquí está el peligro de las riquezas.

Quien se crea dueño absoluto de esos bienes y llegue a confundir el uso y el abuso de los mismos, olvidando por completo a su prójimo que vive en la miseria, tal vez por su excesivo acaparamiento del dinero, será terriblemente castigado, como lo fué el rico de que nos habla el Evangelio.

Mucho bien pueden hacer quienes nadan en la abundancia. Y mucho bien hacen gran número de ellos. Caridades ocultas, ignoradas por todos, que solamente las sabe Dios, y que a veces ignora el mismo que las recibe, beneficios inmensos de caridad que llenan al hombre de consuelo y de alegría. Caridades, que están llenas de un mérito extraordinario, por ser ocultas a los ojos de los hombres que, tal vez, critican su falta de caridad para su prójimo, cuando sus manos tienen los dedos abiertos por donde se escapa la bondad inmensa de un alma grande, y sus ojos se cierran para no ver y poder olvidar al Lázaro a quien remedia.

Grandes en su riqueza y gloriosos ante los ojos de Dios.

Sin embargo... no todos saben administrar sus bienes como Dios manda. Se olvidan de sus semejantes, no creen en que los demás carecen hasta de lo más necesario, no ven, o no quieren ver, que muy cerca de sus riquezas se mueren de hambre y necesidad muchas personas a quienes negó su ayuda y su cariño de hermano.

De nada sirve que su testamento sea un alarde de caridad cristiana, renunciando en favor de instituciones y pobres, de bienes de los que no puede necesitar, y que en su ambición, quiere aprovechar aun tratando de conseguir un beneficio de ellos para después de su muerte. No es eso. No es eso. Antes, antes, hay que ocuparse de los semejantes y de llegar a la estrechez, si es preciso en bien de los demás. Que hay muchos, muchos, que viven en la miseria, que se mueren de hambre y necesidad, y cerca de su casa mendigan del rico una caridad, como Lázaro mendigaba las migajas que caían de la mesa del rico Epulón.

Caridad, caridad, con el pobre, con el necesitado, con el semejante.

Con las riquezas se puede hacer mucho bien... y sería terrible que no se aprovecharan como Dios manda.

Y cuánta alegría se experimenta al hacer el bien. Esa alegría, esa satisfacción, que nos dice la conciencia, es el beso de Dios en nuestra frente que lleno de complacencia nos anuncia el premio de nuestro bien obrar.

"Acuérdate, hijo, que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males; pero ahora éste es consuelo y tú atormentado...". —R.

Donativos recibidos en esta Administración para el número extraordinario de este periódico

en sus **BODAS de ORO**

Suma anterior...	Ptas.	222
D. ^a P. G. de R. — La Coruña	»	25
Don X X X — Gijón	»	100
Don X X X — Gijón	»	50
Doña L. G. — León	»	25
Suma	Ptas.	422

El eminentísimo señor Cardenal Primado, Arzobispo de Toledo, ha recordado a sus fieles el Día de Prensa Católica en una circular leída desde todos los púlpitos de la archidiócesis.

«La festividad de San Pedro y San Pablo es la fecha señalada por el Episcopado español para el Día de la Prensa Católica. La Iglesia fundada por Jesucristo, que es sociedad perfecta, necesita de su prensa propia, que esté sujeta a su censura en el aspecto negativo, y que en el aspecto positivo publique y difunda los documentos pontificios y episcopales, se atenga a sus normas y enjuicie los hechos, de los cuales informe con criterio católico. Es innegable la influencia que para el bien o para el mal tiene la prensa, ya diaria ya periódica. De aquí que todos los últimos Romanos Pontífices han encarecido la importancia de la prensa católica, y en España se viene celebrando desde hace muchos años el Día de la Prensa Católica. Este día está consagrado, en primer lugar, a la oración por la prensa católica, que si es como debe ser, es obra de apostolado; y éste, para su eficacia, necesita siempre de la oración. Mas en segundo lugar pide la cooperación económica de los fieles ya para la ayuda a los periódicos que con esta finalidad apostólica se publiquen en cada diócesis, ya para las obras de carácter nacional que sostiene la Junta Nacional de la Prensa Católica, como son la Oficina General de Información y Estadística de la Iglesia, que ha publicado la importantísima obra «Guía de la Iglesia en España» y la agencia informativa «Prensa asociada», que proporciona noticias de las actividades del catolicismo español para el extranjero, lo cual silencian muchas agencias informativas, si no es que transmiten informaciones tendenciosas y adversas. Todo católico ha de comprender la importancia de que la Iglesia en España no carezca de estos instrumentos de técnica moderna.

Esperamos, por tanto, que todos los católicos toledanos ayuden con sus oraciones y aportaciones a la prensa católica en la próxima fiesta de San Pedro y San Pablo.»

Diabluras de un sacristán

¿Conocen ustedes a Antonio el sacristán? Pues es un tipo de andaluz famoso; en cada pueblo donde ha desempeñado su cargo, ha hecho de las suyas, y siempre con éxito. De aspecto agradable y bonachón, pero de grandes energías, tiene declarada guerra a muerte a las modas indecentes del as mujeres. ¡Si yo mandara! ¡Si yo pudiera, esto no quedaba así!, son sus frases constantes, que denotan su indignación. A pesar de su genio, es un hombre buenisimo. Todas las mañanas, antes de la primera Misa, hace su meditación. Su libro predilecto es el Evangelio.

Aquella mañana, día del Patrón del pueblo, se levantó con los nervios de punta. Estaba notando que hasta a su mismo hogar llegaba la ola de cieno de las modas actuales, y no lo podía soportar. Abrió el libro, como de costumbre, para hacer su meditación. Y aquella mañana le tocó el Evangelio de los profanadores del templo. Al hacer la composición del lugar, contempló entusiasmado la escena edificante de la indignación divina, leía y releía con fruición y se le hacía la boca agua. Le parecían de perlas aquellos azótes dados por Jesucristo a la muchedumbre que no estaba con el debido respeto en tan santo lugar. Este pasaje le hablaba al alma y ponía el dedo en la llaga, que él siempre tenía abierta.

Seguir cruzado de brazos ante aquel espectáculo; tener que poner él todas las mañanas la bandeja de plata en las mismas barbas de aquellas frescas... ¡vaya!, si eso era pedirle una cosa superior a sus fuerzas. Luego repasó las frases del gran libro de la vida de Jesucristo, escrita por el P. Vilariño, que sobre este pasaje dice: "Fue Jesús al templo cuando comenzaba la Pascua y vio aquel inmenso abuso y profanación inveterada que convertía la casa de oración de su Padre en casa de feria; ya la venía viendo desde la edad de once años, y no la vio una vez sin que el celo de la gloria de su Padre le encendiese el corazón (al sacristán se le estaba poniendo al rojo blanco). Pero aún no había llegado su hora y callaba y sufría hasta que llegase. Llega entonces; ya no era el sencillito carpintero de Nazaret; ya era el Legado de Dios.

Allí estaba lleno de santa indignación; con calculada y reposada ira, tomó unos ramales de las bestias que allí había, hizo con ellos unos azotes y blandiendo amenazador e imponente, arrojó a todos los profanadores". Aún llega el Señor a más energía, tratándose de pecados sobre la honestidad: "Si tu ojo te escandaliza, sácatelo; más vale ir con un ojo al cielo que con los dos al infierno, y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo o te incita a pecar, córtala y tírala lejos de ti, pues mejor te está que perezca uno de tus miembros que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno."

¿Y no es un escándalo como hoy se ven las mujeres? Antonio reflexiona: ¡Como será la gravedad de este pecado cuando Jesús, todo mansedumbre en su vida y Pasión, sólo en esta ocasión se le ve aireado! Le acechan e injurian los fariseos y calla. Le traiciona y vende Judas y le llama amigo. Le abofetean, le escupen, le azotan, le coronan de espinas, y sufre en silencio, como un corderito. Le crucifican, y sólo tiene frases de perdón para sus verdugos, pero ve profanada la casa de Dios y por eso no pasa... Luego, Antonio, aplicándose así al ejemplo, como entendido en materia de oración, se dice: ¿Y pasaré yo, pobre pecador e indigno, por esta injuria hecha a mi Dios? ¡Resoluciones! En cuanto yo vea a una de esas frescas, beatas de nuevo cuño, en la iglesia con traje de bailarina, le suelto un latigazo en las panto-

rrillas, que del salto que va a dar, "esconcha" las estrellas; para que se les quite la maña. Después dió gracias, hizo sus peticiones, y se fué tan contento a su iglesia.

Como fiesta del Patrón, estaba como tacita de plata. El altar mayor era un sueño: los jarrones, rebosantes de rosas y claveles; las velas, a montones; la randa, pintada como de mano de monjas; el frontal, bordado en oro del siglo XVIII; los focos de luz, difuminados con gasas azules. ¡¡arrecia la gloria! Y allí arriba, en su gran dosel, el Cristo maravilloso de Mena no parecía obra humana; qué contorno, qué colorido, qué cabeza desplomada, que expresión de dolor, que mirada de agonizante, pero dulcísima, como convidando a los hombres... "venid a Mi todos, hijos míos, que Yo os perdonaré. Venid a Mi los que estáis cansados y oprimidos, que Yo os consolaré". Y el Señor parecía triste, muy triste, porque eran muy pocos los hijos que acudían a El a contarle sus penas, a pedir remedio a sus necesidades, a El que es el único que sabe, que puede, que quiere socorrernos, porque nos ama de veras, porque es nuestro Padre. El sacristán quedaba absorto contemplando aquella divina hermosura.

Y luego volvió la vista al público y vió... en primer termino, a todos las mujeres del pueblo, toditas, con trajes de estreno, a la última moda, exageradita, para que no las tacharan de campuzas los forasteros. ¡Y válgama San Cristóbal!, qué escotes, qué pinturas, qué brazos al aire, qué pelos encrespados, que parecían demonios, qué faldas tan cortas que parecían titiriteras, qué velillos tan transparentes y echados hacia atrás, qué cuchicheos con los novios en los bancos, como si aquello fuese un teatro, y qué descaro en el mirar.

Y a Antonio se le nubló la vista y le palpitaba el corazón, y volvió a mirar al Crucificado, sangrante y moribundo por nuestro amor e insultado en su misma casa, y volvió a mirar a aquel montón de carne podrida por el pecado... y no vió más. Creyó también llegada su hora y salió como un relámpago hacia su casa por unos cordeles nuevos que allí tenía de labranza y bomboleándoles a guisa de honda, volvió a la iglesia, y a éste quiero, a ésta no quiero, no cesó hasta arrojarlas a la mayor parte del templo. Al ruido de los gritos y los golpes, acudió el Párroco. ¿Qué pasa, Antonio? ¿Qué hasa hecho —Arrojar a los profanadores del templo—. Bien hiciste, porque a esto había que poner término.

Telefonemas cruzados.—Alcalde a Gobernador: "Sacristán rojo pegar señoras templo por ir a la moda. Escándalo fenomenal. Pedimos castigo severísimo".—Gobernador para Alcalde: "Felicto sacristán azul. Le mando cien pesetas por si se le han roto las disciplinas".

ISABEL DE VELASCO

¡MIRA ARRIBA!

A un hombre se le antojó un día ir a robar trigo en la era de su vecino y, provisto de un saco, toma de la mano a un niño suyo de pocos años y se pone en camino. Llegado al campo, mira y atisba por todas partes, a derecha e izquierda, y no viendo a nadie que le observase, abre el saco y empieza a llenarlo de trigo, cuando el chiquitín le dice:

—Papá, hay un camino que todavía usted no ha visto.

El hombre, suponiendo que alguien iba a llegar, volvió a mirar, y viendo que los caminos estaban todos sin alma viva, preguntó al niño de cuál camino hablaba. El niño contestó:

—Usted ha olvidado mirar arriba.

La voz de la inocencia penetró en el alma de aquel hombre; vacía el saco, toma de la mano a su niño, y más que de prisa, vuelve a su casa. La conciencia le decía: "Dios te ve".

LA LLAVE DEL PARAISO

En un antiguo convento de franciscanos estaba en la agonía el hembrano sastre, lego de mucha edad. Ya se le habían administrado los Santos Sacramentos y se habían recitado las últimas plegarias de la Iglesia, cuando el moribundo, reclinándose sobre su almohada, dijo:

—Que me traigan la llave del cielo; llamad al Padre guardián.

Y el Padre guardián vino y trajo al Hermano lego un viejo devocionario que llevaba ese título.

El moribundo movió la cabeza negativamente.

Entonces le trajeron el libro de las Reglas, la cruz, el rosario que el usaba.

Nada, nada.

Todos se admiraron al no acertar con lo que el moribundo pedía. ¿Qué podía ser la "llave del cielo"?

Tan desacostumbrada petición debía ser desvario del moribundo.

Mas he aquí que se levanta un anciano fraile, y saludando a todos, presentó un objeto pequeño y brillante que extrajo de un rincón de la celda. Llevólo al lecho del moribundo y se lo presentó.

Entonces se pudo ver que era la aguja con que había trabajado tantísimos años.

¡Ah! ¡Cómo brillaron sus ojos y sonrieron sus cárdenos labios! Sus dedos asieron la aguja, y dijo en palabras entrecortadas.

—Mucho hemos trabajado, vieja compañero, pero todo lo consagré a la gloria de Dios y a la salvación del as almas. Ahora que se rompe el hilo de mi vida, ¡benedita aguja!, servirásme de llave del cielo y me abrirás la puerta del Paraíso.

Sin decir más expiró, quedando sus labios sonrientes, con la aguja entre los dedos de aquellas trabajadoras manos que ahora descansaban sobre el pecho.

Arrodilláronse en torno de él todos los frailes diciendo: "Descanse en paz".

El Padre guardián dijo con visible emoción:

—Hermanos, aprendamos esta lección. Que el trabajo de cada cual se convierta para él en medio de santificación y "Llave del Paraíso".

HOJAS DEL ALMANAQUE

Hojas de una margarita del almanaque las hojas, una cada día se quita, pero cualquiera que escojas tendrá una pregunta escrita.

¿Si, o no?... ¡Triste la duda que en la conciencia despierta esa pesadumbre incierta, esa incertidumbre cruda, esa llamada de alerta!

Que si es un si bienadado el que le hoja te ha dado, es que te viene a avisar que, por no verte mudado, te debes de vigilar.

Y si es un no, triste hoja, la que cuando se deshoja viene solo a apercibirte, cansándote gran congoja, que tienes que corregirte.

Mira en lo que va de año, ya arrancadas más de cien.

¿Alegría o desengaño?

Mira si acusan un daño, mira si apuntan un bien...

HERMENEGILDO RODRIGUEZ.

Comentando

LA CONTRA

La Junta estaba anunciada para las siete en punto. Con la puntualidad consiguiente, a la española, seis de sus componentes entraban en el salón de reuniones a las siete y media. Faltaba aun uno de los consejeros, y esperarían matando el tiempo tratando de sesudos problemas: el estado del tiempo, los modos de presentar las patatas con ensalada... Y llaman a la puerta.

¿Se puede?... Y entra el que faltaba de la Junta. Buenas tardes a todos... ¡Y voto en contra!... No sé de qué estaréis tratando, pero voto en contra!...

Este proceder no es nuevo para nadie. Apenas si en la vida se da el caso de una junta de cualquier clase, en la que no haya un individuo que por sistema siempre vote en contra de los demás, y opine de diverso modo que todos. Los hay que tienen el sistema de discurrir y pensar al revés del resto de las gentes, trátase de lo que se trate. Y a tal grado llevan esta contradicción metida en la sangre, que por llevar la contraria al vecino, son capaces de opinar un día de distinta manera que el anterior en el mismo asunto.

Basta encontrarse con un individuo de estos dos veces, para darse perfecta cuenta de su modo de ser. La primera vez, quizás nos coja de sorpresa su opinión adversa en un tema para nosotros de meridiana claridad, pero lo achacaremos a su modo de ser, de ver las cosas. Pero a la segunda de cambio, ya nos percatamos de su impertinencia, al ponerse siempre en el terreno de la contradicción y de la controversia sistemática. Antipáticos seres, éstos, que son capaces de discutirnos el sol y el agua, sólo por darse el placer de molestarnos con sus discusiones o sus impertinencias.

O son unos engreídos que se creen con el sumun de la sabiduría puesta al servicio de su inteligencia, o son unos amargados que gozan con entorpecer las amistades de los demás haciéndoles sufrir el tormento de discusiones inocuas o bien unos desaprensivos que nos quieren tomar el pelo.

A todos ellos, a los desaprensivos tomadores de pelo, a los amargados de la amistad o a los pseudo intelectuales, terminamos huyéndoles como a la peste, y como a la peste temiéndoles y odiándoles. La razón nos obliga a repudiarlos, pero ellos creen que nuestro apartamiento se debe a la falta de sabiduría, y por ende, de elementos de juicio y de criterio suficiente para ponernos a su altura intelectual.

A la larga, estos individuos llegan a hacerse un vacío tan enorme a su persona, que llegan a verse solos, y sin tener con quien discutir. Esa es nuestra revancha.

Cuando llega ese caso, respiramos y nos reimos de ellos. ¿Que opinarán ellos mismos en esos momentos de soledad? Quizás opinen algo malo de nosotros y algo muy bueno de ellos. ¡Menos mal que a nosotros nos queda el consuelo de contradecirles por primera vez, de disentir por primera vez de su criterio, y pensaremos algo bueno de nosotros y algo malo de ellos!

Y, al fin, respiraremos.

Estos antipáticos mortales suelen también tener un final triste y desagradable, viéndose obligados a visitar al médico especialista del hígado o del estómago.

Y después... a dieta.

HERO.

UN PENSAMIENTO

Observad al perro: cuando ve el pan menea la cola; cuando ve un campo de trigo lo desprecia.

Observad al hombre indiferente; por necio que sea, le interesará un pedazo de pan, pero le interesan más las mieses que lo producen.

Ved, en fin, al hombre religioso, gusta del pan y cultiva las mieses, pero al pensar en Dios que las crió, cae de rodillas.

El perro no pasa del pan.

El indiferente no pasa de la tierra.

El hombre religioso llega hasta Aquel de quien procede todo don perfecto.

Cuando oigáis a alguno de esos infinitos necios que hoy andan por el mundo llamar fanáticos a los hombres de fé religiosa, acordaos de esta escala de inteligencias y colocadle en donde le corresponda.

Almacenes

Materiales de Construcción

Material de "URTELLITA"

Planchas, Tuberías, Depósitos

Arbués

Covadonga, 27

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

"ALEA"

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)